

# El gurú está de moda

**HUGO ENRIQUE SÁEZ**

¿Quién sabe por qué fue designado Agustín Carstens como Secretario de Hacienda? El señor Lugar Común, que tiene extirpada la imaginación, responderá: ¡por razones de peso! ¡Je, je! ¡No, señor! Está equivocado. El ministro encargado de manejar el timón económico de la patria fue seleccionado gracias a que se ajusta perfectamente al modelo Buda, y eso en el imaginario social le confiere poderes mágicos. Aun así, le estoy rogando a san Judas que al ministro no se le ocurra informarnos que navegamos por aguas turbulentas y a bordo de una nueva versión del Titanic. Un gurú de la economía no puede hacernos eso, aunque otros ya lo han hecho.

No sólo en la economía, como queda dicho, sino que el gurú está de moda en todos los ámbitos de la vida contemporánea como recurso desesperado para que nos diga la neta. De eso no cabe la menor duda, y menos aún cabría si al mismo elevador en que viaja la duda se sube el secretario Carstens (de nuevo se coló el señor Lugar Común). Según cifras del Banco Mundial, la demanda de un buen gurú ha crecido en los países en desarrollo a un ritmo mayor que la inversión extranjera directa. Por eso, el mejor negocio de hoy es fabricar un gurú para diversas materias y venderlo al mejor postor. A continuación revelaré algunas claves para ser gurú.

La primera condición de un gurú de calidad es ser único, irrepetible, singular. Único, porque si hay otro se arma la competencia. Irrepetible, porque al descender de los cielos sin paracaídas se rompió el molde. Singular, porque es muy difícil formar el plural. ¿Cómo se dice? ¿Muchos gurús? ¿Muchos gurúes? ¿Muchos guruses? Dificultad que tenemos con diversas palabras. Por ejemplo, déficit, virus, énfasis. Conocí a una presunta gurú de la computación que fue desenmascarada cuando utilizó el plural “viruses”. Cayó en una profunda desgracia y ya nadie confía en ella. Gurú sólo hay uno. No se clona, no se duplica, es inmune a las fotocopiadoras.

Alan Watts, gurú en la California de los años sesenta, escribió un manual memorable para ser gurú: El gurú tramposo. Léanlo, encontrarán la receta perfecta y minuciosa para cumplir su meta. Nos aconseja lo siguiente:

“Tras estudios preparatorios, el primer paso consiste en frecuentar los círculos donde los gurús son especialmente buscados, como los diversos grupos de culto que siguen religiones orientales o formas peculiares de psicoterapia, o simplemente el medio artístico e intelectual de cualquier gran ciudad. Ha de ser silencioso y solitario, no hacer nunca preguntas, pero, en ocasiones, añadir una observación muy breve a lo que ha dicho alguien. No ha de ofrecer voluntariamente información sobre su vida personal, pero de vez en cuando, con aire distraído, dejar caer algún nombre para sugerir que uno ha viajado ampliamente y ha pasado algún tiempo en el Turquestán. Puede esquivar el interrogatorio detallado dando la impresión de que el simple viaje es un tema sin importancia del que apenas merece la pena hablar, y que los intereses de uno se encuentran realmente en niveles mucho más profundos. Si usted se comporta así, la gente no tardará en pedirle consejo.”

Son reglas de oro que pueden convertir a cualquiera en la encarnación de un servicio público imprescindible. Claro está, hay que adecuarlas a la materia específica del gurú. Si es investigador universitario, no cometa la torpeza de decir que hizo un doctorado en Turquestán. Suena más convincente dejar caer una frase como “yo tuve paperas cuando estaba en Harvard, y eso retrasó mi titulación durante un semestre”. “¿De veras que se doctoró en Harvard?”, interrogará algún despistado. “Sí, pero las paperas son peligrosas de adulto porque uno puede quedar estéril.” Entonces, brinda una breve explicación sobre el vínculo intrauterino en la formación del tejido del páncreas y de los testículos junto con las parótidas. El público quedará pasmado por su sencillez y generosidad, que se manifiesta en que no le asigna importancia alguna a su cum laude y prefiere ilustrar a la gente sobre una enfermedad de riesgo.

En cambio, las declaraciones inoportunas pueden conducir al fracaso del gurú. Una lideresa de las vedettes (Ninel Conde) se manifestó compungida por el “surimi” que produjo cientos de miles de muertos “allá por Asia”. En la primaria no le enseñaron lo que es un tsunami. La animadora de televisión Susana Jiménez interrogó a un paleontólogo para saber si los dinosaurios no se comían a los hombres.

También las conductas inapropiadas te desbarrancan a la ignominia. Un connotado hinduista perdió a todos sus discípulos de la clase de meditación cuando uno de ellos lo sorprendió comiendo tacos de suadero en un changarro de la Portales. Las debilidades no existen para el gurú, pero si se revelan es preciso ocultarlas. Un renombrado gurú de la cordillera de Los Andes, en 1969 se retiró a meditar durante cuarenta días en las montañas nevadas. Al cabo de esa experiencia hizo su aparición ante una multitud conformada por sus seguidores más fieles y una variopinta reunión de ciegos,

paralíticos, enfermos terminales, que fueron tocados por una pequeña varita naranja que portaba el santo. Un conocido mío, periodista, me confesó: “El Negro Rodríguez nunca permaneció tantos días en medio del frío. Yo mismo lo llevé en mi automóvil la noche anterior a su presentación ante los acólitos.”

Resulta ilustrativo el caso de un dandy que tras una seguidilla de excesos sufrió un delirium tremens y ése fue el signo de alerta para que decidiera practicar una cirugía mayor a su hasta entonces estilo de vida. Se inscribió en la Academia de Ciencias Ocultas de su localidad y allí, tras siete años de estudio, obtuvo una beca para doctorarse con un maestro oriental en París, donde permaneció siete años. Por sus méritos fue enviado a un monasterio en el Tibet, donde meditó otros siete años en absoluta soledad. Por fin, le comunicaron que por los ayunos y la austeridad mostrada tendría la oportunidad única de entrevistar al máximo gurú de todos los gurúes en un secreto paraje. En siete segundos, sin mirarlo al rostro, podría plantearle una pregunta, a lo que seguirían siete segundos de silencio y luego, en siete segundos, el gurú respondería. Viene la pregunta: “maestro, ¿cuál es el sentido de la vida?”. A continuación, el silencio. Por último la respuesta: “El sentido de la vida es la trascendencia”. El discípulo quedó perplejo. Estaba hincado y mirando al piso. Se levantó preso de la ira que había aprendido a dominar y que en ese momento lo sometía. “Durante 21 años renuncié a las francachelas, a los placeres de la mesa y del vino, a las relaciones con mujeres, para que tú, torpe monstruo de maldad (acudimos al eufemismo para que RTC no nos censure, pero el discípulo empleó otro léxico), para que tú, eso que dije, me vengas a ilustrar con que el sentido de la vida es la trascendencia...” Por algo más de siete segundos, el gurú enmudeció. Después, sólo atinó a declarar: “¿qué? ¿La trascendencia no es el sentido de la vida?”